

más próximos debían estar ó aparentar estar sorprendidos sobre este extremo tanto como el público, hasta el día que le conviniera dar á conocer la verdad, pues era necesario tener en él una fe ciega, y no admitía que se pudiera suponer que un suceso cualquiera pudiera ocurrir sin su permiso especial. «Señor cuñado y primo,—escribía el día 26 de Mayo á Murat,—lo que me escribís de la conclusión de un tratado de alianza entre Inglaterra y Rusia, no tiene sentido, esto es enteramente falso. Los rumores que los ingleses difunden para salir momentáneamente del paso son desautorizados.»

Al objeto de mejor acreditar esta opinión, prolongó de intento su permanencia en Italia con una ociosidad aparente, pero espiando con vigilancia los primeros armamentos de Austria. Al mismo tiempo, estaba más preocupado que nunca de su proyecto de desembarco en Inglaterra, que su calculado alejamiento hacía cada vez más inverosímil. Jactábase de imprimirle al último momento una rapidez tan aterradora que la coalición desconcertada se disolvería antes de haber podido concentrar sus ejércitos. Así se pasó el mes de Junio entero, absorbido exclusivamente en apariencia por la organización del nuevo reino, y por las fiestas espléndidas que le daban las ciudades de Italia para celebrar el advenimiento del héroe libertador. Pero llegado el mes

de Julio, juzgó que había llegado el momento de aproximarse á los sitios que había escogido para teatro del gran duelo que debían tener Francia é Inglaterra. Abandonó, pues, precipitadamente á Italia y en pocos días franqueó la distancia que separa Turín de Fontainebleau, dejando en Milán al príncipe Eugenio de Beauharnais que debía gobernar como virey.

El príncipe recibió, con el decreto que le delegaba esta autoridad, instrucciones que se pueden llamar características. En medio de recomendaciones sensatas y prudentes, dictadas por la experiencia de los negocios y el conocimiento de los hombres, se leían esas significativas palabras en las cuales Napoleón se revelaba por entero. «Mis súbditos de Italia son por naturaleza más disimulados que no lo son los ciudadanos de Francia. No tenéis mas que un medio de conservar su estima, y es no conceder vuestra confianza entera á nadie... Cuando hayáis hablado según vuestro corazón y sin necesidad, decís á vos mismo que habéis hecho una falta y no volveréis á caer más en ella. Mostrad por la nación que gobernáis una estima que os conviene manifestar tanto más cuanto descubrís mayores motivos para estimarla menos. Tiempo vendrá en que reconoceréis la poca diferencia que va de uno á otro pueblo.»



CAPITULO V

LA CAMPAÑA MARÍTIMA

Sale Villeneuve de Tolon en 30 de Marzo de 1805.—Únese en Cádiz Gravina.—Imprudencia de Villeneuve: paso del Estrecho: se pone en salvo el comodoro Orde.—Llega la escuadra combinada á la Martinica: 13 de Mayo.—Frústrase su unión con la escuadra de Missiessy.—Nelson emprende la marcha tras Villeneuve.—Sale de Gibraltar el 13 de Mayo.—Por qué Gauteaume no salió de Brest.—Lleva el almirante Magon nuevas instrucciones á Villeneuve.—Nuevo plan de campaña.—Llega Nelson á la Barbada.—Busca á Villeneuve.—Regresa éste á Europa.—Averigua su rumbo Nelson y sale tras de él: 13 de Junio.—Adelántase y llega á Gibraltar.—Da aviso al almirantazgo inglés de lo que ocurre.—Cómo se conoció el rumbo de Villeneuve.—Envía el almirantazgo inglés á su encuentro al almirante Calder.—Napoleón y el almirante Decres.—Cómo juzgaba Napoleón las operaciones de Nelson.—Únese la escuadra batava á la francesa del estrecho de Calais.—Combate de Grinez.—Cambio del plan de campaña, ideado por Napoleón.—Encuéntrese el 22 de Julio de 1805 Villeneuve y Calder.—Combate de Finisterre.—Relación de Godoy.—Falta de energía de Villeneuve.—Subordínalo todo al plan político-militar de Napoleón.—Cómo se ha juzgado á los dos almirantes.—Entra la escuadra francesa-española en Vigo.—Llega al Ferrol.—Nelson llega á Gibraltar el 1.º de Julio.—Dirigese á Brest.—Préstale á Cornwallis ocho navíos: 15 de Agosto.—Calder refuerza el día antes á Cornwallis con nueve navíos.—Envía Cornwallis una escuadra para bloquear el Ferrol.—Villeneuve y Gravina.—Cómo se marchaba á un desastre.—Hacen rumbo á Cádiz.—Por qué razón.—Abandónase al almirante Lallemand.—Relación de Godoy.—Deja Villeneuve que se le escape Collingwood.—Unese á éste Calder.—Nelson toma el mando superior: 29 de Setiembre.—Juicio que le merece á Gravina la conducta de Villeneuve.—Instrucciones de Godoy á Gravina.—Entérrese Napoleón de lo ocurrido.—Cómo juzgaba á Villeneuve y Gravina.—Decres aconseja una verdadera guerra marítima.—Nuevas instrucciones de Napoleón á Villeneuve.—Si era posible lo que se le mandaba.—Acuerda reemplazarle por el almirante Rosily.—Consejo de guerra de la escuadra franco-española.—Resuelve por unanimidad que no puede aceptar el combate.—Conoce Villeneuve su relevo.—Su desesperación.—Resuelve sacrificarlo todo á su reputación.—Fuerzas de Nelson y de Villeneuve.—Táctica inglesa.—Táctica de los aliados.—Marliani y su relación de la batalla de Trafalgar.—Ordena Villeneuve la salida.—Nuevo Consejo de guerra.—Opónense los jefes españoles.—Ceden por pundonor.—Abandona Villeneuve á Cádiz el 19 de Octubre.—Encuéntrese con la inglesa: 20 de Octubre.—Orden de batalla.—Villeneuve, Gravina y Magon.—Pasa Gravina de la retaguardia á la vanguardia.—La batalla.—Muerte de Nelson, Gravina, Churruca, Magon y otros generales.—Últimos momentos de Nelson.

DURANTE la permanencia de Napoleón en Italia las operaciones preliminares de la gigantesca campaña marítima se habían llevado á cabo con éxito incompleto, pero sobrado bueno para alentarle en sus esperanzas.

Villeneuve había salido de Tolón el 30 de Marzo con doce navíos y seis fragatas, escapando de Nel-

son que le esperaba entre la costa de Africa y la de Cerdeña; tocó en Cartagena primero y luego en Cádiz en donde se le unió el almirante Gravina, pero con buques infinitamente inferiores en número y cualidades, de lo que se le había dicho. De los diez y seis navíos de la marina española, no pudo llevarse más que seis, y aún tuvo que dejar en camino

la mayor parte.—«Esto como ya hemos avisado es inexacto, y por lo que dejamos dicho es fácil adivinar la causa del error de Lanfrey.»

Había pasado sin accidente el estrecho de Gibraltar, y pudo hacer vela para las Antillas.

«Pero Villeneuve cometió una falta imperdonable que Lanfrey no debía ocultar. Orgulloso de haber burlado á Nelson, quiso presentarse en la mitad del día en el estrecho para que los ingleses de Gibraltar vieran como lo pasaba con su escuadra, pero esto dió también ocasión para que el apostadero inglés que mandaba Orde compuesto de cinco navíos y dos ó tres fragatas picase cables y escapase, pues los de Gibraltar le avisaron con sus cañones del peligro que corría. Si Villeneuve hubiese pasado el estrecho de noche, lo probable era que Orde y sus buques cayeran en su poder.»

Villeneuve llegaba á la Martinica el día 13 de Mayo después de una marcha lenta y penosa, durante la cual hubo de emplear una parte de sus buques en remolcar la otra. Encontrábase al frente de diez y ocho navíos y siete fragatas, gracias á la llegada de los buques que habían quedado rezagados, pero no pudo verificar su unión con Missiessy que en aquel momento regresaba á Francia.

Nelson conoció desde el día 16 de Abril la dirección que había tomado nuestra escuadra; pero detenido por vientos contrarios, no pudo presentarse delante de Gibraltar hasta el día 7 de Mayo; aquí fué donde supo de una manera cierta, el destino de Villeneuve.

La necesidad de convoyar transportes retardó todavía su marcha algunos días, y el día 13 de Mayo, en el momento en que Villeneuve aparejaba en la Martinica, Nelson se lanzaba á su persecución con solos once navíos, no vacilando en ir á buscar por el inmenso espacio, un enemigo que poseía doble número de fuerzas que las suyas, que le llevaba un mes de avance, y cuya posición parecía ignorada.

«Grande es el mérito de Nelson, así no es rebajarlo decir que se lanzó á tal empresa en la confianza de encontrar en las Antillas los cruceros de los almirantes Decres y Cochrane que debían de andar, el uno en la Jamaica y el otro en la Barbada. Lanfrey hubiera debido decir esto, que en nada rebaja el arrojo del gran marino inglés.»

Debía Villeneuve, como hemos dicho, esperar en la Martinica cuarenta días para dejar á Gauteaume tiempo de salir de Brest y de unírsele. Tan pronto hubo salido Villeneuve, Napoleon impaciente escribía cada mañana á Gauteaume: «Partid..... partid, tenéis en vuestras manos el destino del mundo.»

Pero los elementos que no estaban en el secreto, fueron este año de una serenidad desesperadora, y lord Cornwallis bloqueaba á Brest con una asiduidad y una vigilancia que nada podía descorazonar. Pasóse, pues, el mes de Abril entero esperando en vano un viento favorable, de modo que una vez más hubo de modificarse el grandioso plan de la invasión. Nuevas instrucciones llevadas á Villeneuve por el almirante Magon y por la fragata *Topacio*, le prescribieron que no esperase á Gauteaume más que hasta el 21 de Junio, por cuanto, como ya parecía probable, si dicho almirante no encontraba hasta el 20 de Mayo una ocasión favorable para salir de Brest, recibiría orden de no salir de nuevo.

Una vez transcurrido el plazo, Villeneuve debía regresar á Europa dirigiéndose al Ferrol, en donde debía encontrar una escuadra franco española de quince navíos. A la cabeza de todas esas fuerzas reunidas que elevarían su armada á lo menos á treinta y cinco navíos, debía presentarse delante de Brest, forzaría el bloqueo de Cornwallis, y después de haber verificado su unión con Gauteaume, podría comparecer delante de Boulogne, teniendo bajo sus órdenes una inmensa armada naval que subiría á cincuenta y cinco navíos. Sin embargo, se le dejaba la elección, entre otras varias combinaciones menos complicadas, como la de marchar línea recta sobre Boulogne dejando de lado á Brest, y se le decía que si, por un motivo cualquiera, se encontraba en la imposibilidad de llenar sus instrucciones, que podía replegarse á Cádiz.

La noticia de la llegada de Nelson á la Barbada, después de una navegación de la mitad menos larga que la primera, obligó á Villeneuve á abreviar una expectativa que de hecho hubiera resultado inútil, porque Gauteaume estuvo hasta el fin detenido por las calmas.

Mientras que su ardiente adversario, equivocado por falsas noticias, corría á buscarlo á la Trinidad y luego á Antigua, Villeneuve satisfecho con haber tomado el castillo del Diamante, y causado algunos daños al comercio inglés, deseoso de evitar el encuentro de un enemigo de quien exageraba las fuerzas, y en fin subordinándolo todo á la necesidad de llenar su misión, abandonaba á las Antillas para regresar á Europa.

Nelson púsose de nuevo en su persecución desde el 13 de Junio. Si hubiese sabido que el destino de Villeneuve era el Ferrol, no hay duda que lo hubiera alcanzado y combatido durante la travesía; pero no sabiendo nada todavía del plan de Napoleon, se lanzó con toda velocidad en dirección de Cádiz y de Gibrat-

tar, en la suposición de que Villeneuve quisiera ganar de nuevo el Mediterráneo. Sin embargo, tomó la prudente precaución de advertir de su regreso al almirantazgo inglés; el brick *el Curioso*, que se encargó de esta comisión, encontró en el camino la armada franco-española, conoció la dirección que llevaba, y mientras ésta quedaba paralizada por la falta de viento, el brick hacía vela para Plymouth. El 9 de Julio recibía el almirantazgo inglés tan preciosa noticia, y en su consecuencia, pocos días después, el 15 de Julio, salía una escuadra de quince navíos á las órdenes del almirante Calder al encuentro de Villeneuve á quien debía esperar á la altura del cabo de Finisterre.

Mientras la partida se complicaba con esos incidentes imprevistos, Napoleon se entregaba á mil conjeturas sobre los movimientos probables de la marina inglesa, complaciéndose en atribuirle las más falsas maniobras, como la expedición de una armada á las Indias, ó la orden de levantar el bloqueo de Brest. Reprendía á Decres por su incredulidad, pues su espíritu frío se negaba á compartir sus ilusiones, y así le decía: «Vuestro defecto, está en que calculáis como si los ingleses estuvieran en el secreto.» En cuanto á él, calculaba como si los ingleses no hubiesen tenido otro fin que secundar su empresa y como si por su parte hubiese hecho un pacto con los elementos. Veíase ya dueño de Inglaterra: «No sé en verdad, escribía en la misma carta, que especie de precaución puede tomar Inglaterra para ponerse al abrigo de la terrible eventualidad que corre. ¡Cuán loca es una nación, que no tiene fortificaciones, ni ejército terrestre, de modo que se expone al caso de ver llegar á su seno un ejército de cien mil hombres aguerridos!»

Preocupábase mucho y con razón, de la campaña de Nelson, pero en vez de temerlo todo de la rapidez terrible de un hombre que poseía casi en el mismo grado que él el genio de la guerra, no le prestaba mas que vacilaciones, tonterías y pérdida de tiempo. «Nelson,—decía á Decres el 28 de Junio de 1805,—perderá dos días en Cabo Verde; perderá muchos días antes no habrá conseguido reunir los buques que habrán quedado rezagados. Cuando sabrá que Villeneuve está en las islas del Viento, irá á la Jamaica, y durante el tiempo que perderá aprovisionándose y esperándole, se darán los grandes golpes: hé aquí mi cálculo.»

Debía fallir ese cálculo, porque en vez de calcular las cosas como si fueran mal, como lo exigía el deplorable estado de la marina franco-española y la dificultad de la empresa, se obstinaba siempre á to-

marlo por lo mejor, como un verdadero niño mimado de la fortuna. La facilidad con que se había operado la unión de la flotilla batava bajo las órdenes del almirante Verhuell, después de un combate insignificante en el cabo Grinez, había exaltado sus esperanzas hasta un punto extraordinario; á medida que se acercaba el instante decisivo perdía toda su calma, modificaba sus planes y ponía en peligro los resultados ya obtenidos con la inmutable movilidad de sus ideas. Es en uno de estos momentos cuando volvió á su proyecto de confiar á Gauteaume solo, la tarea de que estaba encargado Villeneuve. Según esta nueva combinación, Gauteaume debía engañar á Cornwallis ó forzar su línea de bloqueo, reforzarse en el Ferrol y en Rochefort, y luego marchar directamente á Boulogne; esto le escribía Napoleon á dicho almirante el día 20 de Julio de 1805. No le faltaba para ejecutarlo más que la escuadra pudiera salir de Brest. Por lo demás hay que notar que en los preparativos de su grande campaña marítima, Napoleon se mostró en todo lo opuesto de lo que era en la guerra terrestre, pues no desplegó ninguna de las cualidades que hicieron su maravillosa fortuna. En vez de procurar ver los sucesos tales como son, los ve tal como los desea; en vez de adoptar un plan fijo y de atenerse á él, cambia sin cesar. Acusa á los hombres del vicio de las cosas, se irrita contra las objeciones en vez de provocarlas, niega las dificultades en vez de procurar resolverlas, abruma con reproches y acusaciones á los hombres del oficio unánimes contra su proyecto, en vez de iluminarse con las luces de su experiencia.

Mientras que Napoleon dirigía á Gauteaume este inútil llamamiento, Villeneuve encontraba el 22 de Julio á la altura del cabo Finisterre, á distancia de unas cincuenta leguas, la armada de Calder que el almirantazgo inglés había enviado á su encuentro. Aún cuando Villeneuve tenía bajo sus órdenes veinte navíos y siete fragatas, y Calder no contaba mas que quince navíos; la ventaja que llevaba era muy discutible en razón de la abrumadora inferioridad de la marina francesa; pero la indecisión de su adversario le protegió. Contrariado el combate por una bruma espesa que no permitía maniobra alguna de conjunto, el combate no fué ventajoso á la escuadra franco-española, bien que tuvo poca importancia. La escuadra inglesa se retiró llevándose dos navíos españoles; pero no se atrevió ni á renovar el combate ni se opuso á los movimientos de Villeneuve que pudo entrar en Vigo, y luego en el Ferrol y en la Coruña en donde la escuadra combinada contó el 2 de Agosto veintisiete navíos.